



Francisco Chirbes, María España y el alcalde de Majadahonda, Narciso de Foxá, ayer. / EL MUNDO

Literatura / Premio Francisco Umbral

## Pellizcos de Rafael Chirbes

El autor de 'En la orilla' explica las claves de su obra en el acto de entrega del galardón que reconoce al mejor libro publicado en España el año pasado

ÁNGEL VIVAS / Madrid  
El escritor Rafael Chirbes recibió ayer el Premio Francisco Umbral de manos de María España -viuda de Umbral y presidenta de la Fundación que lleva su nombre y convoca el premio- y del alcalde de Majadahonda, Narciso de Foxá. El acto tuvo lugar en la Biblioteca Francisco Umbral de esta localidad madrileña, y en él estuvieron presentes los anteriores ganadores, Manuel Longares y Luis Mateo Díez, el editor de Chirbes, Jorge Herralde, las escritoras Fanny Rubio,

(miembro del jurado del premio) y Marta Sanz, el crítico Manuel Rodríguez Rivero y el cantante Ramoncín.

Junto con Chirbes, que ganó el premio con su novela *En la orilla* (Anagrama), intervinieron los miembros del jurado Fernando Rodríguez Lafuente, Juan Cruz, Santos Sanz Villanueva y Manuel Llorente, redactor jefe de Cultura de EL MUNDO. Rodríguez Lafuente recordó los motivos del jurado para premiar un libro que es «un extraordinario friso de las penum-

bras que acosan a la España actual», escrito con una notable riqueza verbal.

Manuel Llorente definió *En la orilla* como una crónica amarga de la especulación inmobiliaria, una crítica feroz del arribismo, pero también un canto a la vejez indómita, una novela en la que la bestia humana campa a sus anchas, pero en la que el autor mira a sus personajes con respeto y conocimiento, y nos presenta la realidad que una dureza que nos cuesta admitir.

Chirbes, siguió Manuel Llorente,

es un autor incómodo y descreído que fue reconocido en Alemania mucho antes de serlo mayoritariamente en España gracias a la versión televisiva de su novela *Creatorio*, un amante de Galdós, de cuyos personajes dice que pueden ser pellizcados cuando uno lo lee.

El escritor, por su parte, dijo que se identifica con el portugués Miguel Torga, quien decía llevar dentro un escritor tartamudo y angustiado, y sentirse un perpetuo aprendiz de ese oficio cuya práctica no garantiza nunca un mayor

conocimiento. Incitado por las preguntas de Rodríguez Lafuente, Juan Cruz y Sanz Villanueva, Chirbes fue explicando su poética y la cocina de su trabajo.

Así, se definió como un materialista, cuya literatura, si viene de algún sitio, es de Lucrecio y de Marx. Y cabe suponer que dialéctico, ya que afirmó que, frente al empleo

«La dignidad es luchar contra el mal; la indignidad, ser su perro guardián»

de la tercera persona de un «narrador autoritario», él prefiere dar voces a varios personajes que se niegan entre sí. «La dignidad es luchar contra el mal; la indignidad absoluta es ser perro guardián del mal», dijo Chirbes en otro momento de la charla.

Y el problema y la dificultad están en encontrar el punto medio o la síntesis (más dialéctica, en cierto modo) entre la ignorancia que nos hace inermes y el conocimiento que nos convierte en un arma del poder. Pero todo lo testimonial y toda la crítica de la realidad que pueda haber en las novelas de Chirbes no le impiden respetar escrupulosamente el lenguaje.

«Lo que me ha gustado siempre», dijo a ese respecto, «es la literatura; la literatura cuenta algo que no cuentan ni las otras artes ni el periodismo, y tiene una posibilidad de llegar al fondo del ser humano. *En la orilla* no es un documento, sino una reflexión sobre la vida, y ya que la historia que narra es centrífuga, tuve que encontrar un estilo centrípeta para contarla».

«El lenguaje es lo único que cuenta, pero las palabras son almacenes de cosas», añadió Chirbes, un escritor que busca una estrategia distinta para cada novela, y del que dijeron Juan Cruz y Sanz Villanueva que hay un *estilo Chirbes* y también una *trama Chirbes*.

## El bisturí que nos saja en canal

MANUEL LLORENTE

*En la orilla* podría titularse *Crónica amarga de la especulación inmobiliaria*. Pero es más, bastante más. Esta novela habla de familias destrozadas, o unidas por el cemento del dinero, es una crítica feroz del arribismo y aborda la vejez indómita, cruel, pertinaz. El hombre solo, abandonado a la miseria de un cuerpo vencido, decrépito.

Rafael Chirbes escribe en la orilla de un pueblo apartado, en la orilla de un modo de escribir, exigente y sin contemplaciones; en la orilla de un mundo donde la xenofobia es pan de cada día, en la orilla de la traición y el engaño.

En este libro todo salta por los aires. La bestia humana campa a su aire aunque Chirbes mira con ternura el esfuerzo por el trabajo bien hecho, como el del carpintero; pero no es piedad sino respeto, admiración.

Rafael Chirbes se nutre de lo que hoy asola la sociedad y nos lo devuelve con una crudeza tal que no queremos contemplar. Nos acerca al microscopio y allí aparecemos desnudos. Rafael Chirbes es incómodo. Nos hace removernos en la silla mientras le leemos. Nos deja delante una bomba de relojería y se va a una tienda a comprar los ingredientes que luego cocerá a fuego lento, macerándolo. Como sus novelas.

Chirbes escribe frases como: «Si esto no explota es porque la familia está ahí, porque los parados viven de la jubilación de sus padres». Y a ver qué haces luego. O: «No hay hombre que no sea un mal cosido saco de porquería». O: «Si para algo existe el dinero es para comprarles inocencia a tus descendientes».

Rafael Chirbes cree que el escritor debe ser

«pulga y liebre, para que no te atrapen». Y así podríamos seguir. Este hombre descreído tuvo que esperar a que la televisión ofreciera su versión de *Creatorio* para que en España se le reconociera. En Alemania, gracias al programa televisivo de libros del crítico Rainer Reich-Ranicki, *La buena letra* y *La larga marcha* le pusieron en órbita. Vaya diferencia.

Rafael Chirbes, que estudió Historia en Madrid y hoy cocina y pasea entre sus perros y gatos por Benicarló (Alicante), deslumbró ya con su primer libro, *Mimoun*. Esta inquietante obra ambientada en Marruecos, donde dio clases, está protagonizada por alguien que huye y que se busca a sí mismo. Pero yo prefiero esa anatomía de posguerra que dibuja en una comedia humana que tituló *La larga marcha*: padre e hijo esperando el nacimiento de

un vástago en una madrugada en una aldea, inquietos, nerviosos, en silencio; el limpio Pedro del Moral, viudo y padre de un chaval que ahora es boxeador, y de un niño con el que va a Salamanca desde Fuentes de San Esteban para salir adelante; o el médico Vicente Tabarca, siempre con miedo, que practica abortos a escondidas para poder comer.

Miedo, frío, fusilamientos, huidas, pavor. Una guerra civil incruenta que te conmueve. Tan lejana, tan cercana. Y está también *La buena letra* y *Los disparos del cazador*, con el pasado siempre ahí, como el sudor del escalofrío, acechante, incómodo, esa piel que no te puedes arrancar.

Chirbes, el que ama a Galdós y a sus personajes, de los que dice que se pueden pellizcar cuando los lees. Ese hombre tímido y sincero, abrumado por las críticas, el que estudió en internados para huérfanos de ferroviarios, que fue encarcelado y escribe sobre lo que le desazona o le asusta. El que cree que «la Historia es un desastre hasta la derrota final».